

ASSUR

FRANCISCO NARLA

# ASSUR



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Mapas: Manolo Casado

Primera edición: septiembre de 2020

© Francisco Narla, 2020  
© de la presente edición: Edhasa, 2020  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6342-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 5899-2020

Impreso en España

*Lo que me contó Assur cuando me lo encontré en el río...*

Escribo estas líneas poco después de enterarme de que *Assur* ha vuelto a agotarse en las librerías antes de que la imprenta haya tenido tiempo de sacar la edición prevista. Es la segunda vez que acontece algo semejante con esta novela y resulta increíble que suceda de nuevo cuando hace más de siete años que se imprimió la primera edición...

He insistido tantas veces, por todos los medios a mi alcance, que quizá sirva de poco el porfiar; sin embargo, creo que merece la pena hacerlo a la luz de semejante hito: gracias. Gracias de todo corazón por cuidar así de mis cuentos; a los lectores, a los libreros, a los periodistas. Gracias a todos los que se han encariñado con mis historias...

Por eso, en medio de tanto revuelo y tanta llamada de librero preguntando por la fecha de salida de la nueva tirada, he pensado que esta edición conmemorativa (que ya se estaba preparando antes de que se agotasen las existencias) podría contar con un testimonio que diera fe a ese agradecimiento.

Tras mucho meditar sobre qué hacer exactamente, mi editora dio con una solución: me animó a escribir unas cuantas páginas que fuesen más allá del texto de la novela. Unas líneas en las que se explicase cómo nació *Assur* y en qué se ha convertido tras todos estos años. Una especie de confesión.

Y eso mismo, querido lector, es lo que tiene ahora mismo entre sus manos. Un testimonio que comienza, como no podía ser de otro modo, por el principio.

★ ★ ★

Fui un niño pegado a un libro.

No me resultaba fácil eso que ahora llaman socializar y, además de mi refugio, los libros se convirtieron en mis mejores amigos. Jamás me fallaron, nunca les oí un reproche, siempre me aceptaron. A través de sus páginas aprendí, viajé, soñé e incluso encontré las dos vocaciones que han llenado mi vida: la de aviador y la de cazador de historias.

Fue Antoine de Saint-Exupéry el que me metió en la cabeza ideas tan alocadas, casi inalcanzables para un criajo que correteaba por los montes gallegos con la cabeza llena de pájaros. E, inspirado por el maravilloso ideario del piloto francés, empecé pronto a escribir. Aquellos primeros pasos fueron los lógicos. Cuentos, relatos, algo de poesía y, más que nada, mucha basura inútil.

Escribí páginas y páginas, busqué mi propia voz, intenté encontrar un método y, poco a poco, llegué a sentirme relativamente cómodo ante una cuartilla en blanco.

Comprendí, sin embargo, que no me bastaba con componer historias, también quería que esos cuentos se ganasen el cariño de los lectores y, para eso, necesitaba que estuvieran a su disposición.

Quería que mis novelas llegasen a todos los rincones del mundo y, más que ninguna otra cosa, que se recordasen. Eso era lo más importante, porque pronto caí en la cuenta de que las buenas historias, las buenas de verdad, son las que se recuerdan, las que crecen y viven con el lector, las que pasan a formar parte de su memoria. En aquellos días yo ya llevaba una buena retahíla de novelas prendidas en el alma e, inconsciente de mí, soñaba con que les sucediese lo mismo a mis criaturas. Algo imposible si las escondía en un cajón de mi escritorio.

Así se me ocurrió intentar publicar toda aquella colección de majaderías.

Como es lógico, recibí un rechazo tras otro. Muchas veces entonces me acordé de aquella inmortal frase de mi admirado Bukowski, que decía haber empapelado el baño con las negativas editoriales recibidas antes de que la fama le sacudiese la vida.

Sin embargo, y supongo que eso tiene que ver con haber dedicado una parte de mi vida al boxeo, me levantaba siempre después de que un editor me hubiera tumbado. Una y otra vez, como cuando bailaba en la lona. Por duro que fuera el castigo, yo volvía a ponerme en pie.

Lo cierto es que fui un pésimo boxeador. Era torpe, lento y sin gracia alguna. Sólo tenía dos virtudes, si se les puede llamar así. Un contundente gancho de derecha, que casi nunca alcanzaba destino, y un es-

píritu de fajador que me mantenía en pie por duro que fuese el combate. Y cuanto aprendí en el cuadrilátero me ha servido muchas veces en la vida; también en aquellos comienzos de mi carrera literaria.

Así, poniéndome en pie después de cada rechazo editorial, topé al fin con uno de buen corazón que consideró con suficiente cariño la que se convirtió en mi primera novela: *Los lobos del centeno*.

Pensé que me auparía a las listas de los más vendidos, que me darían el mismísimo Premio Nobel... En fin, afortunadamente, la imbecilidad suele mitigarse con los años. No alcancé la fama ni conseguí el predicamento que soñaba. De hecho, tuve que hacer tremendos esfuerzos para abrirme camino.

Recuerdo que mi editor me anunció que su distribuidora no podía alcanzar Galicia, nicho natural de ventas de la novela, y que tenía una oferta de una empresa dedicada a la distribución de libros en la comunidad, pero que el transporte de unos dos mil ejemplares sería una locura en cuanto a costes y yo, ni corto ni perezoso, me ofrecí a hacerlo en persona. Así que cargué en mi propio coche cajas y cajas de la novela en un almacén al norte de Madrid y, escondiendo la vergüenza, me presenté en una nave del polígono industrial de Santiago de Compostela para entregar todos aquellos ejemplares.

La novela, incomprensiblemente, funcionó hasta un cierto punto, e incluso cruzó el charco y fue editada en México con una tirada más o menos respetable. Fue una travesía dura, porque, pese a los pequeños éxitos hubo también grandes fracasos y muchas críticas me hicieron comprender que lo que había escrito resultaba muy mejorable.

Como era lógico, no conseguí vender más que unos miles de ejemplares, nada que demostrase que, tal y como yo quería, mi novela había tocado el corazón de la gente. Tuve que aceptar que había fracasado.

Por eso, sacudiéndome las penas, me alcé una vez más de la lona y escribí una segunda novela. Una de suspense inspirada en el mundo de la aviación. Limpié mi estilo, aprendí a prescindir de los rosarios de adjetivos inútiles y conseguí un texto medianamente aceptable que recibió sólo la mitad de rechazos de los que conté con *Los lobos del centeno*.

Así, de manos de una editorial un poco más grande que la primera y con algunos recursos adicionales, llegó al mercado *Caja Negra*.

Y yo compré de nuevo los periódicos para verme en los listados de los más vendidos... pero nunca apareció. De hecho, ni siquiera lo hizo cuando, años después, fue reeditada en medio de un gran revuelo mediático tras haberse hecho realidad la pesadilla que yo había encerrado

en sus páginas: el piloto al mando de un avión comercial se decide a estrellarlo. Sí alcanzó una segunda edición, aunque supuso un éxito magro.

Contó con algunas reseñas en la prensa y en los medios digitales, pero nadie hablaba de la historia con pasión, como si hubiera hecho por ellos lo que hiciera el piloto francés por mí. No era una novela que el mundo fuese a recordar, quizás algún pariente bienintencionado, como mi querido tío, el arquitecto; pero nada más.

Había caído de nuevo a la lona.

E hice lo único que sabía hacer: volví a levantarme.

Soñando cotas mayores, le dediqué mucho tiempo a pensar en qué debía hacer con mi carrera.

Fue en ese momento en el que me decidí a leer aquello que no me gustaba como lector pero que, comprendí, me serviría como escritor. Me refiero, por ejemplo, a novelas intimistas o románticas, a las que nunca había prestado atención, pero que, sin embargo, formaban parte de la vida de cientos de miles de personas que jamás se habían interesado por mis cuentos.

Leí también algunos manuales californianos sobre las técnicas de los guionistas y dediqué algún tiempo a repasar mis propias obras, horrorizándome con las meteduras de pata que en ellas encontraba.

Dicho de otro modo, aprendí algo del oficio y comprendí que, del mismo modo que un piloto necesita horas de vuelo, un escritor necesita páginas escritas.

En una de aquellas relecturas redescubrí una mención hecha en *Caja negra* a las razias vikingas que asolaron la península ibérica en tiempos medievales. En la novela era sólo una referencia que explicaba someramente la historia de mi Galicia natal; sin embargo, encontrar allí la expresión encendió la bombilla.

Había pasado de puntillas por dos géneros distintos en los que, sin éxito, había intentado emular a grandes para mí como Stephen King, Dean Koontz o Robin Cook. Y a lo mejor convenía dar un salto a otro lugar...

Eché un vistazo a mis novelas favoritas, a los ejemplos en los que inspirarme, y surgió la ocurrencia.

Al principio la idea me resultó abrumadora. Para mí, en aquellos días, los dos grandes paradigmas de novela histórica en los que fijarme eran *El médico* y *Ben Hur*. Un par de tochos enormes que, en cualquiera de los dos casos, superaban el conjunto de las páginas que había escrito hasta entonces.

Sentí vértigo. Recuerdo haber hablado con mi agente —que no sólo sigue siendo mi agente sino que luego también se convirtió en mi esposa—; le comenté que mi padre había vivido su vida persiguiendo el sueño de ser pintor y que apenas había conseguido un relativo éxito gracias a una exposición en el Soho neoyorquino, poca cosa; y le confesé que empezaba a parecerme más difícil vivir a la sombra del fracaso que a la del éxito.

Me sentía abrumado por la sola idea de enfrentarme a mil páginas en blanco y contar la historia de toda una vida en un marco histórico que, hasta entonces, y que yo sepa, nadie había afrontado.

Sin embargo, ella, mi agente y futura esposa, me dijo que veía en mí aquellos valores, aquellos mismos elementos que habían hecho triunfar a otros. Creyó en mí más de lo que creía yo mismo. Me animó a intentarlo.

Leí cuanta novela histórica cayó en mis manos, buceé en toda la documentación que pude toparme sobre vikingos, admiré la belleza de las sagas nórdicas y, por último, aprovechando mi condición de piloto, aproveché para hacer algunos viajes a los posibles escenarios. Durante más de un año, aprendí de historia, conocí a los hombres del norte y seguí formándome como escritor de manera más o menos autodidacta.

En resumen, trabajé duro, como si entrenase para un combate importante. Al cabo, cuando sentí que no podía estar más preparado, escribí la primera palabra, la primera frase, la primera página...

Antes de que la novela estuviese terminada, tres editoriales de las grandes, de las que tienen proyección internacional, se interesaron por el proyecto que mi agente les había presentado.

¡No podía creerlo!

Al fin. Sin un solo rechazo. Sólo parabienes.

*Assur* alcanzó buena fama, me consiguió un puñado de entrevistas en medios nacionales y agotó pronto las dos primeras ediciones; además logró un número significativo de ventas en mi adorado Círculo de lectores (qué pena produce ver desaparecer los hitos de nuestra niñez). Salió en bolsillo, siguió vendiendo, y, desde aquel momento, no ha dejado jamás de estar en las librerías, a no ser cuando se ha agotado antes de dar tiempo a que la imprenta entregase una nueva tanda.

Por primera vez, parecía que evitaba la lona y que no oía la temible cuenta del árbitro.

Y no sólo se trató de las ventas, más que razonables, aunque lejos, muy lejos, lejísimos de aquel viejo axioma de los editores nor-



teamericanos: el millón de copias (algo que, a día de hoy y en el mercado español, semeja una imposibilidad material).

Se trató también del cariño de la gente. Pronto empecé a recibir muestras inesperadas de que la novela había, por fin, cuajado en el corazón de los lectores. A través de cartas, correos y las ubicuas redes sociales llegaron hasta mí ilustraciones de los personajes, tatuajes con el título, viajes organizados especialmente para visitar las localizaciones y, lo que más ilusión me hacía, fotografías de cachorros a los que habían puesto el nombre de *Furco*, como el lobo que acompaña al protagonista.

Fue un sueño hecho realidad. Cambió mi vida. Gracias a *Assur* pude regresar a mi amada Galicia y vivir como siempre había querido, perdido en los montes de mi infancia.

A partir de ese momento, *Assur* y yo caminamos juntos y hablamos con frecuencia... Todos mis personajes lo hacen. Les gusta venir a verme y conseguir que piense en sus historias, en sus vidas, porque lo que más les preocupa es saber el porqué de las decisiones que tomé cuando escribía sus cuentos. Todos lo hacen, pero *Assur* es el que más... Creo que se quedará conmigo hasta el fin de mis días, *Assur* y el lobo de *Donde aúllan las colinas*...

Lo hacen a menudo. Muy a menudo. Y yo siempre me siento desconcertado. Como el día en que me enfrenté al manuscrito de *Los lobos del centeno* y el molinero se sentó a mi lado, liando un cigarro, para aconsejarme que me deshiciera de aquellos adjetivos pretenciosos y de tantas perífrasis alambicadas.

Lo cierto es que, de no ser por esas visitas, sería difícil para mí encontrar el camino que seguir. Ellos me enseñan buena parte de mis errores. Ellos me enseñan cómo afrontar la «caza» de una nueva historia.

Recuerdo una ocasión, hace ya algún tiempo, en que me acerqué a pescar a un rincón perdido de la montaña leonesa, no lejos de donde salían las famosas plumas de gallo mencionadas en el *Manuscrito de Astorga*.

Y allí, en el río, tras devolver al agua una trucha que se había dejado engañar por una imitación de mosca de la piedra, me encontré con un tipo grandote que sonreía con indulgencia desde el azul de sus ojos.

—Qué bueno verte —lo saludé tímidamente.

Él rio con una carcajada grave, de hombretón hecho a base de cuernos de hidromiel, y me soltó un sopapo en el hombro que a punto estuvo de tirarme al agua.

—Te andaba buscando —me espetó con su vozarrón.

Viéndolo allí, descubrí todas las virtudes que yo le había otorgado en mi imaginación. Fuerte, noble, optimista, testarudo, calmado y también con unas manazas que bien parecían capaces de quebrarme el espinazo como si fuera un arenque.

—¿Pican? —me preguntó bajo el colmillo.

Yo lo supe por el tono. Lo que menos le preocupaba era si me estaba entreteniendo o no con mis amigas las truchas.

—Busco nuevas ideas. Acabo de leer un estudio sobre la vida de la mujer en la Galicia medieval. Y también un par de manuales, de esos que tanto les gustan a los guionistas norteamericanos —le respondí pretendiendo parecer confiado.

Me miró torcido, requebrando la ceja.

—Yo conocí a un «sureño» que confundió arándanos con uvas... Creo que tú conoces la historia.

Tenía el acento lleno de rebabas. Se notaba que otras lenguas habían prendido en la propia. Aun así, comprendí lo que había querido decirme: conozco las sagas nórdicas.

—Bueno, siempre lleva tiempo —dije, espantando algunas dudas—, las nuevas ideas a veces parecen las viejas con una mano de pintura. Hay que darles vueltas. Desecharlas. Volver a empezar... Buscar otras fuentes de inspiración... He estado aprendiendo mucho, de verdad; también he vuelto a leer la *Poética* de Aristóteles, que siempre me ayuda, en sus palabras encontré el final de tu historia —le confesé, recordando lo inspirador que había resultado para mí el texto del filósofo cuando estaba meditando sobre el modo de finiquitar la novela—. Un final debe ser tan ineludible como inesperado —parafraseé.

Lo único que conseguí fue un gruñido desaprobador que revolvió el poblado bigote.

—Cada novela es mejor que la anterior —aduje lastimero.

—¿Eso piensas?

—Eso intento —contesté con sinceridad, arredrado por la marejada que vi en sus ojos—, eso intento...

Se abrió por primera vez una sonrisa entre aquellas barbas. Y el mentón, recio como un tocón, se inclinó para asentir.

—Del camino que queda a nuestra espalda aprendemos cómo no tropezar en el trecho que tenemos delante —me espetó, cachazudo.

Asentí yo también, algo perplejo, antes de contestar:

—Es por los lectores, ellos son los jefes, los que mandan, a ellos se lo debo —reconocí—. Cada nueva historia debe ser mejor —dudé—, y es cierto... Y es cierto que, muchas veces merece la pena mirar atrás para entender las lecciones de nuestro pasado...

Entonces, con aquella manaza suya, señaló hacia la ribera, entre las peñas y los salgueros.

Sentado en un tocón, junto a un chucho sarnoso estaba un cordel retensado y lleno de cicatrices. Un tipo sombrío de ojos gachos y barba descuidada que sostenía un bordón de peregrino en manos encallecidas. Blasfemaba entre labios apretados y todo él parecía bañado en tristeza.

—Le gusta el pan recién hecho —me dijo Assur, enigmático— y nadie sabe su verdadero nombre...

Nos miramos entonces fijamente y Assur añadió algo más:

—Lo llaman Fierro...

\*\*\*

Hasta la fecha en la que escribo estas líneas, *Fierro* es la última de mis novelas.

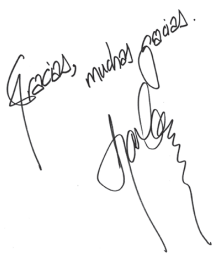
Assur me enseñó el camino y sigue guiándome a cada paso, porque siempre he creído lo que a él le digo tantas veces, que cada nueva novela debe ser mejor que la anterior y el único modo de hacer algo así, o de intentarlo al menos, es dejarse aconsejar por los viejos protagonistas.

Es mucho más fácil escuchar cómo cae un viejo árbol que advertir cómo crece un bosque, pero ése es el trabajo de un escritor, y Assur así me lo enseñó.

Gracias, muchas gracias, querido lector, por cuidar de mis historias. Gracias; sin alguien que leyera lo que escribo, cuanto yo hago no sería otra cosa que papel manchado.

Aeropuerto londinense de Heathrow, otoño de 2019

Francisco Narla



Esta novela, aunque inspirada en hechos reales, es sólo eso, una novela. Y, aunque hay en ella mucho de verdad e historia, también hay partes donde sólo mi imaginación podía servir de fuente, y otras en las que ella misma cobró vida y modeló la narración a su conveniencia. Ahora bien, he intentado ser riguroso en todos sus aspectos, no sólo el histórico; de modo que, y vaya por adelantado, mis más sinceras disculpas por cualquier error que se me haya pasado por alto. De todos ellos soy enteramente responsable.

Por otro lado, para aquel que sienta inquietudes existen algunas referencias al final del texto.

Gracias a todos los historiadores, los bibliotecarios, los lingüistas, los escritores, los amigos... Son tantos los nombres que no habría modo de citarlos al completo. Gracias a todos los que me ayudaron a concluir la epopeya de Assur.

Gracias, querido lector, por darme esta oportunidad.

Gracias, querido librero, por prestarme atención.

Y gracias a mi familia, a toda, y muy especialmente a mi madre. Todos han luchado conmigo desde mi primera novela, ella más que nadie, infatigablemente.

*Para ella, mi linda niña, como siempre... He intentado llevar a estas páginas lo que tantas veces me habías pedido. Éste es, más que ningún otro de mis anteriores cuentos, un relato para ti. Espero de corazón que esta historia llegue a ser tan especial como la que tú y yo vivimos juntos.*

*Para Tavi, que hiló fábulas para el niño que fui y que siempre me ha brindado una palabra de aliento. Tú nunca has dudado, gracias.*

*Para ti, viejo loco; nunca llegamos a entendernos, pero tú eres, en gran parte, responsable de estas páginas. Vivirás para siempre en tus magníficos cuadros. Seguro que ya te las has arreglado para pintar de brillantes colores todos los peces del mar del Norte.*

*Para Regueiro, que supo volver para comprender cuánto de Gutier hay en él. Gracias, maestro, encontré la respuesta al acertijo.*

«He aquí que hubo terribles augurios en la tierra de Northumbria que afligieron miserablemente a sus gentes; hubo grandes relámpagos y se vieron impetuosos dragones en el aire, y fueron seguidos por una gran hambruna, y después de eso, en ese mismo año, los paganos devastaron vilmente la iglesia de Dios en la isla de Lindisfarne mediante el saqueo y la carnicería».

Crónica anglosajona, *Anno Domini* 793

-PRÓLOGO-

# EL MAR DEL NORTE

*Entonces el Señor me dijo: procedente del norte,  
el mal se extenderá sobre todos los habitantes de la tierra.*

Jeremías, 1:14





Los grandes hielos se habían derretido, las terribles ventiscas habían quedado atrás con la llegada de la primavera; ante el dragón tallado en la proa del ágil navío la enorme extensión del océano se abría en su inmenso azul profundo, lleno de misterios y criaturas míticas que amenazaban las pesadillas de los mejores marinos.

Desde la estilizada popa, al lado del fornido timonel, protegido con pieles de las frías gotas desprendidas por las rítmicas bogadas, Gunrød observaba orgulloso su armada de hombres temibles. El *jarl* estaba convencido de la superioridad de sus lobos; las armas estaban preparadas y los carpinteros habían trabajado a destajo para tener las naves listas; casi noventa. Ningún otro señor del norte había conseguido jamás reunir fuerza semejante, hombres de todos los rincones de las tierras del hielo habían acudido a su llamada; su arrojo y valentía, además de los éxitos de anteriores saqueos a las islas de Britania, lo habían convertido en una leyenda viva entre los suyos. Era la imagen del héroe amado por Thor a la que cantaban los escaldos en las *eddas*; su destino podía estar en manos de las nornas, sin embargo, sus hombres no lo dudaban, Gunrød era uno de los elegidos para la gloria. Era alto, incluso entre los suyos, tan fornido como para manejar una de las enormes espadas azuladas traídas desde las forjas al oriente de Miklagard, un arma excepcional con tal número de muertos bailando en las memorias de su filo que había acuñado ya leyendas propias. Su rostro, cubierto de viejas cicatrices que guardaban el germen de odios pasados, era origen de oscuras habladurías esparcidas por los mentideros y puerros de todo el norte. Muchos decían que era un antiguo *berserker*, un temible guerrero enloquecido que se había aupado hasta su posición de señor gracias a sangrientos duelos; en los combates jamás se quedaba atrás, dispuesto a ser el primero en dejarse llevar por las valquirias hasta el Valhöll. Algunos decían que su pelo y barba, de un fuerte rojo sanguinolento, lo delataban como hijo del astuto Loki, a medias dios

a medias demonio; y otros decían que había sido escogido por el mismísimo Odín.

Mirara adonde mirara, los navíos de su pueblo lo rodeaban. Había llegado el momento. Había recibido los mensajes de su hombre en los mercados del sur, todo era propicio, y donde otros habían fracasado en el pasado él triunfaría, convertiría las habladurías en realidad. Conquistaría el reino de los blandos cristianos para gloria de sus hombres y sus tierras. Se haría con todas las riquezas imaginables que aquellos beatos acumulaban en sus templos, se convertiría en el rey único del norte y su recuerdo quedaría por siempre en los versos de las sagas.

Sus gélidos ojos estaban llenos de determinación, arrasaría Jacobsland.

LIBRO PRIMERO

JACOBSLAND

*A furare normannorum libera nos Domine.*

(«De la furia de los hombres del norte, libéranos, Señor».)

Plegaria altomedieval típica



Era un niño que cambiaría la historia de los hombres. Y, aunque él no lo sabía, el destino ya estaba buscando quien lo forjase.

El verano anunciaba su final con nuevos frescores en el alba, jirones de niebla se levantaban perezosos desde los vados del río, y Assur podía notar las primeras manchas pardas en las hojas de las ramas que colgaban sobre el agua. En el aire húmedo se adivinaba el rastro a hierba recién segada de algún campo cercano, y el muchacho intentaba que aquellos instantes de libertad durasen por siempre, ajeno a que su niñez iba a llegar, en un instante, a un final triste y doloroso.

Faltaban sólo unos días para san Mateo; si continuaba sin llover habría que empezar con los duros trabajos de la zafra, y luego, labrar la tierra y sembrar el centeno para comenzar un nuevo ciclo. Sin embargo, por el momento, el niño podía permitirse holgazanear un poco, dejando al tiempo escurrirse lentamente mientras pastoreaba en la pradería, que, todavía húmeda de rocío, empezaba a amarillear anunciando el cambio de estación. Disfrutaba de su tan inusual mañana de asueto.

La noche anterior le había dicho a mamá que quizá fuese buena idea que él se encargase del ordeño de antes del amanecer. Calesa, así la habían llamado por capricho y empecinamiento de Ezequiel, el más pequeño de los hermanos, era la única vaca que había parido ese año, y estaba un poco inquieta esos días por culpa de un rasguño mal curado en una de las ubres. Pensando en ello, Assur había argüido que quizá los pequeños tendrían problemas para manejarla; además, había añadido, una vez almacenada la leche, lo más fácil era que él mismo siguiera ocupándose del ganado. Ella lo había mirado condescendiente, sabiendo lo que su hijo deseaba realmente: una oportunidad para entretenerse pescando truchas.

Las jornadas anteriores habían sido duras, levantando los postes de los almiarés para recibir la hierba que habría de segarse en breve.

Así que, fingiendo un recelo que no sentía y apretando el delantal entre sus manos enrojecidas, ella había permitido a Assur reemplazar a alguno de sus dos hermanos pequeños, que eran los que normalmente se encargaban de los trabajos menores, como atender el ganado o llevarlo a pastar.

La tolerancia serena que escondían los cansados ojos azules de mamá, según decía su padre los mismos que había heredado el propio Assur, le había permitido albergar la esperanza de llevar a casa unas cuantas pintonas del tranquilo y sinuoso Pambre. Una idea que lo henchía de infantil orgullo por contribuir como un adulto más a poner comida sobre la mesa. Eran cinco hermanos, demasiadas bocas para una familia que dependía en exclusiva de lo que la tierra y el escaso ganado tuviesen a bien regalar, por lo que cualquier aporte era siempre bienvenido. Se sentía ansioso y lleno de expectativas, con esa clase de esperanza que sólo los niños saben crear, imaginando peleas interminables y peces enormes; y, lo que era todavía más importante, ya podía ver el gesto complacido de su padre ante las truchas recién fritas en tocino. Tal y como a él le gustaban, rellenas con unas cuantas hojas de menta silvestre.

Con pasos jóvenes y elásticos Assur caminaba por entre la hierba alta de la orilla buscando saltamontes, aún inactivos por el frío nocturno. Furco, obediente y complacido, trotaba a su lado, echando de vez en cuando la cabeza hacia atrás, más pendiente del ganado de lo que lo estaba su pequeño amo. Las robustas vacas, entre rucias y pardas, con largos cuernos grisáceos en forma de lira, permanecían tranquilas, arrancando hatillos de hierba con sus dientes cuadrados, amansadas mientras el calor de la mañana no levantase a los tábanos y vigilando con alguna mirada de reojo los movimientos de sus pastores. Temerosas de recibir un mordisco en el corvejón si se alejaban demasiado.

Ya tenía la vara de sauce preparada y uno de sus dos únicos anzuelos bien atado en el cabo de liña, con uno de aquellos complicados nudos que su hermano Sebastián le había enseñado entre pacientes resoplidos. Alternativamente miraba el cauce del río y la grama, buscando las suaves corrientes entre las ovas que servían de apostadero a las truchas, intentando descubrir algún insecto adormilado en los tallos. Era un tramo que conocía bien, pues no solo era una de las praderías de pastoreo más habituales, sino que también era un puesto perfecto para, en la primavera, sorprender patos con una piedra lanzada con rapidez.

Mechones de su pelo rubio se bamboleaban de un lado a otro acompañando sus gestos. Estaba tan concentrado que, cuando Furco gañó, se sobresaltó. Poco le faltó para terminar dándose un chapuzón.

El lobo se había dado la vuelta y corría ya hacia la niña, que descendía por la suave ladera. Las vacas se apartaron con trote irregular y miradas ansiosas, preocupadas por llegar a ser el centro de atención del animal. Assur sonrió complacido al distinguir a su hermana Ilduara, apenas un par de años menor que él y, como única niña, la preferida de su padre, Rodrigo. En realidad, la preferida de todos ellos, pues Ilduara resultaba ya una mujercita llena de buenas intenciones y dulce carácter, todo enmarcado en un rostro sereno de rasgos suaves en los que destacaba una nariz bien perfilada y una expresión siempre sonriente, con la que se ganaba el afecto inmediato de conocidos y extraños.

La niña traía sobre la cabeza una cesta de mimbre llena de ropa que, en comparación a su delgado cuerpecillo, aparecía enorme a los ojos de su hermano. Furco, que aún no había dejado atrás el asunto de ser un cachorro, ya brincaba de un lado a otro de la muchacha, entorpecién-dole el caminar, a lo que Ilduara respondía con risas nerviosas y complacidas.

Un año antes, cuando Assur había pasado ya su duodécimo invierno, uno de los terneros recién nacidos había aparecido muerto en otro de los páramos que usaban para el ganado; uno sito más al sur, cerca del Ulla, el gran río que limitaba las posesiones del condado de Présaras. Había sido una triste noticia y Rodrigo, su padre, había tardado tres días en conseguir matar a la bestia que había diezmado la exigua ganadería, poniendo en peligro la supervivencia de toda la familia para el invierno, pues, pagados los arrel-des de carne debidos al sayón del conde, la resta a mayores del valioso ternero comprometía seriamente las reservas. Assur, curioso e inquieto, había querido acompañar a su padre a revisar los lazos instalados a lo largo de los pasos entre zarzales y jaras. Cuando descubrieron a la loba, ya fría, el niño había razonado que, entrada como estaba la primavera, era muy posible que en algún lugar de los montes colindantes se escondiera una loba con camada. Le costó otros tres días dar con la guarida, además de un mal encuentro con una nerviosa jabalina y sus jabatos listados, que aparecieron de improviso en una vereda cerca del Pambre cuando el niño se tomaba un descanso. Pero el esfuerzo mereció la pena y, tras escarbar ansioso con sus propias manos, había hallado su recompensa.

Acurrucado, gimiendo de frío y hambre, se movía inquieto el único de los lobeznos que había sobrevivido.

Assur había tenido que pasar aquellas dos noches fuera y, cuando por fin regresó con el cachorro envuelto en su camisola de lana, lleno de arañazos de las zarzas, con los calzones rotos y tierra hasta detrás de las orejas, se había llevado una tunda memorable. En otras circunstancias, Rodrigo hubiera podido apreciar el orgullo de su hijo ante semejante hazaña, pero tanto él como su mujer habían estado enfermos de preocupación, y el logro del muchacho no les restó nada del amargor que se les había instalado tras el paladar. Los últimos años habían sido tranquilos, aunque siempre existía el peligro de que los moros apareciesen en el horizonte en una de sus frecuentes aceifas, o, peor aún, que los temibles hombres del norte surgiesen del río para arrasar cuanto encontraban a su paso.

Las cosechas habían sido escasas y las inestables fronteras del valle del Duero, al sur de las montañas que miraban al mar, hacían que muchos hablaran de aquel año de Nuestro Señor de 968 como un año de miserias seguras. Era el segundo en el trono del rey niño, Ramiro III. Y, para gran parte de los lugareños, la coronación del chicuelo había sido premonitoria de grandes catástrofes, pues, a pesar de llevar el nombre de su amado abuelo, el joven rey no era más que un títere en manos de la verdadera gobernante del reino, su tía, la monja Elvira; una mujer tan indecisa como implacable que ejercía la regencia gracias al sustento del clero y a la escasa y controvertida ayuda que obtenía con el pusilánime apoyo de la madre del rey niño, una viuda absorta en su carrera eclesiástica en la antigua capital, Oviedo.

Los inviernos habían sido fríos y las heladas tardías habían resultado devastadoras; para muchos el tiempo era propicio para que el milenio llegase antes de tiempo. Algunos incluso esperaban que el arrebatamiento del Señor se avecinase por fin, llevándoselos a todos al reino de los cielos. Y las brujas que tanto había perseguido años ha el rey Casto, Alfonso, parecían haber resurgido de entre las piedras, ofreciendo curas y pócimas o adivinando el futuro en la cera cuajada en baldes de agua fría. Así lo atestiguaban los eventuales peregrinos que se aventuraban a cruzar aquellos montes interiores de la antigua Gallacia romana para venerar las reliquias de Santiago el Mayor, allá, hacia el oeste, siguiendo el curso del Ulla y llegando al puerto de Iria Flavia. Desde allí, en menos de un día de marcha hacia el norte, podía llegarse hasta el *Locus Sancti Jacobi* en el que aquel mismo rey casto ha-

bía mandado construir, más de cien años antes y con el beneplácito del mismísimo santo padre de Roma, un templo apropiado a tan magno descubrimiento. Lo que había supuesto, con Jerusalén en manos infieles, que las tierras en las que se habían instalado los bisabuelos de Assur se convirtieran en una de las vías de paso más importantes del mundo conocido. Y, como consecuencia, en un apetitoso reducto que albergaba ofrendas y oro abundante, lo que no sólo suponía orgullo y satisfacción para obispos y prelados, sino también un objetivo goloso para todo aquel con voluntad para reunir un grupo de violentos facinerosos con ansias de volverse ricos.

Sin embargo, Assur no había llegado a pensar en ningún momento en las terribles historias de muerte y destrucción que llegaban desde los mares del norte, más allá de las montañas, o desde Córdoba, más allá de los valles. Él sólo había sabido preocuparse de cómo alimentar y educar al lobezno. Lo que no había conseguido más que en parte, pues el animal seguía mostrando habitualmente su carácter salvaje y parecía obedecer únicamente a Assur. Y, aunque siempre respetaba a los niños más pequeños, no permitía jamás que un adulto le acercase una mano cariñosa.

Ahora, Furco recibía con su habitual inquietud a la pequeña Ilduara, que ya estaba a tiro de piedra.

—¡Te traigo pan y queso! —exclamó la niña con una sonrisa que se torció al ver el gesto serio con el que su hermano reaccionaba.

—Chisst... Asustarás a todas las truchas —quiso reñir Assur sin poder evitar que los grandes ojos pardos de la pequeña desarmaran en un momento su enfado—. Ya te he dicho mil veces que no grites cuando estoy pescando —concluyó el niño, intentando componer un aire de adulto en reprimenda que no llegó a conseguir.

La pequeña se miraba los pies haciendo esfuerzos por mantener la cesta en equilibrio, y el lobo agachaba los hombros presto a jugar, ignorando la falsa regañina. Cuando Ilduara volvió a alzar la mirada, agitando sus párpados con guiños nerviosos, Assur no pudo continuar con su fingida seriedad y dejó escapar un suspiro que se confundió con una sonrisa, ante la que Ilduara encontró redaños para seguir hablando.

—Mamá me dijo que viniese a lavar al río —declaró la niña, atreviéndose a soltar una de las manos del borde de la cesta y usarla para señalar las prendas del interior—, y yo pensé... No me di cuenta de que estabas... Pensé que, a lo mejor, podíamos almorzar juntos.



—Pensaste... Pensaste. Y tenías que decirlo tan alto como para que te oyese en Compostela. —Assur había conseguido fingir un poco más una cierta acritud, sin embargo, se arredró en cuanto vio que los ojos de su hermana se abrían aún más en una expresión desacostumbrada, preocupado de que su pantomima hubiese llegado demasiado lejos: Oh, vamos, linda dama —así la llamaba cuando quería arrancarle una sonrisa—, no te lo tomes así, seguro que no pasa nada, si ni siquiera tengo saltamontes todavía; no tiene importancia... —El joven pastor terminó por callar cuando su hermana soltó de nuevo una de sus manos.

—¿Y ese humo? —habló por fin la niña señalando el horizonte a espaldas de su hermano.

Assur se giró a tiempo para ver cómo una nueva columna de humo se sumaba a la que ya había intrigado a su hermana.

—No lo sé...

Hacia levante, apenas perturbadas por la suave brisa de la mañana, se iban alzando, una tras otra, voluptuosas torres de humo negro y espeso. Llegaba ya un cierto olor acre y picante, con dejes de hoguera apagada a toda prisa.

—¡El pueblo! —gritó Assur, y echó a correr sin una palabra más.

Furco e Ilduara se quedaron mirándose, sin saber si debían o no seguirlo, con un absurdo gesto de perplejidad que era evidente incluso en el lobo. Tras ese instante de duda, viendo que su hermano les cobraba ya una cierta ventaja, la niña se decidió a dejar la cesta de la ropa en el suelo con un resoplido de esfuerzo y, haciendo bailar su trenza con un asentimiento mudo, se animó a seguirlo sujetándose la amplia falda.

El lobo fue tras ella después de un momento de vacilación en el que miró con desasosiego hacia el ganado.

Los niños corrían inquietos y Furco, divertido por la agitación, variaba el ritmo de su trote para mediar entre los hermanos y evitar que Assur cobrase demasiada ventaja.

—Puede que un establo esté ardiendo... —consiguió aventurar Ilduara entre resoplidos.

La niña, deseosa de llamar la atención de su hermano, habló sin darse cuenta del sinsentido. Ya eran cuatro las espesas trenzas de negro humo que se distinguían entre los claroscuros del follaje.

Assur, que no entendió las palabras de la niña pero distinguió su voz, aminoró el paso para permitir que Ilduara se acercase. Aunque permaneció callado, respirando con pesadez. Deseaba llegar cuanto antes; sin embargo, pese a la ansiedad que sentía, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para darse cuenta de que, si se materializaban sus peores temores, podía ser mala idea dejar a su hermana sola.

Atravesaban bosques cerrados de robles y castaños que empezaban a tapizarse de hojas muertas, olían la humedad de la tierra con cada inspiración entrecortada. Trasegaban una suave pendiente llena de helechos maduros que se arrebujaban bajo alisos y sus pies descalzos susurraban en el sotobosque. Acortaban camino monte a través, y Assur ya podía distinguir una de las veredas que se acercaba hasta el villorrio cuando apareció, dejándose llevar por la cuesta, un aterrado Berrondo. El muchacho descendía sin gracia, a trompicones, braceando para mantener un escaso equilibrio.

—¡Los hombres...! —intentó gritar al ver a los hermanos mientras señalaba a sus espaldas con aspavientos histéricos—. Son los hombres del norte. ¡Normandos...! —consiguió decir justo antes de que sus piernas regordetas le fallasen y cayese rodando hasta los pies de Assur, justo cuando éste se incorporaba al camino.

El lobo alcanzó a su sorprendido amo mientras Berrondo intentaba ponerse en pie. El gordo muchacho se quejaba lastimeramen-

te por los raspones que se había hecho en las palmas de las manos al caer y Furco, ya sin la diversión de la carrera, encontró una mata de verdolaga recortada por alguien con fiebres y olisqueó interesado algún rastro. Ilduara llegó cuando Berrondo intentaba quitarse con dedos temblorosos las arenillas prendidas en su piel. La chiquilla permaneció callada; había oído lo suficiente como para que su única idea fuera quedarse al lado de su hermano.

Assur no supo si considerar en serio las palabras de Berrondo. Aquel muchacho no le gustaba; sin embargo, era lo suficientemente maduro como para reconocerse a sí mismo que le tenía cierta animadversión por el único hecho de ser el hijo menor del sayón. Aunque también era cierto que el propio Berrondo no contribuía a mejorar la idea que Assur o los demás zagales del pueblo podían tener de él. Berrondo siempre parecía querer compensar su torpeza en los juegos recordándoles a todos los demás la posición de su progenitor como delegado del conde y, si alguien amagaba con reírse de su gordura o de su poco agraciado aspecto, era rápido en presentar severas amenazas que, por desgracia, eran bien recibidas por su padre. En más de una ocasión los pagos de arrelles, odres, *argenzos* y *macellaris* habían sido exigidos antes de lo debido; incluso se habían cobrado calumnias indebidas bajo falsas acusaciones de robo. Tropelías todas de las que el sayón se servía, a todo lo ancho y largo del condado, para beneficio propio. De modo que, tanto padre como hijo, eran poco apreciados por los habitantes de los dominios del conde de Présaras.

Además, Berrondo era un niño consentido y mimado que disfrutaba de una vida sin responsabilidades ni trabajo, limitándose a acompañar eventualmente a su padre. Y aunque Assur sabía distinguir un cierto regusto a envidia en sus propios sentimientos, tampoco podía dejar de recordarse que no era el único al que desagradaba aquel muchacho obeso, de tez oscura y pequeños ojos porcinos. Su hermano Sebastián, de edad parecida, lo odiaba intensamente. Y no sería la primera vez en la que el hijo del sayón se había valido de una mentira para convertirse en el centro de atención. Sin embargo, la posibilidad de que sus palabras fuesen ciertas hizo que un escalofrío recorriese la espalda del pequeño Assur.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó al fin mientras aceptaba en la suya la mano inquieta de su hermana.

Berrondo resollaba, haciendo que bailase la pequeña papada de su cara redonda. Las heridas de sus manos parecían haberse convertido en lo más importante del mundo y tardó en contestar.

—Sí, sí. Estoy seguro, son los normandos, han llegado por el Ulla...

—No digas sinsentidos —interrumpió Assur impaciente—, no pueden sortear las aguas bravas de los saltos de Mácara. En todo caso, habrán dejado sus barcos negros más abajo y habrán llegado hasta aquí andando, o a caballo...

—Y... y qué más da cómo hayan llegado hasta aquí —quiso recriminar Berrondo, intentando arrastrar con la voz la autoridad que tantas veces había visto ejercer a su propio padre en el desempeño de su cargo—. Hay que huir, debemos ponernos a resguardo antes de que nos cojan, ¡hay que correr! ¡Alejarse!

—Pero... ¿qué estás diciendo?

Assur no podía dar crédito a lo que oía. Recordó los despectivos comentarios que Sebastián le dedicaba a menudo al hijo del sayón y, pensando en cuánta razón tenía su hermano, pudo sentir el sabor del resentimiento, viscoso y amargo, deslizándose por su garganta.

—Tenemos que ir al pueblo, hay que ayudar, debemos llegar... —Y mientras lo decía Assur se percató de que su hermana, nerviosa, retorció su mano. Cayó en la cuenta de que sus palabras podían no ser tan lógicas como parecían. No podría perdonárselo si le ocurría algo a Ilduara.

Berrondo había empezado a farfullar de nuevo, urgiéndolos a marcharse. Assur lo ignoró y, al tiempo que se agachaba para ponerse a la altura de la pequeña, giró sobre sí mismo.

—Escucha, presta atención y obedece. —Ilduara lo miraba con ojos asustados, comenzando a entender la gravedad del asunto—. Yo voy a acercarme al pueblo, pero tú debes quedarte aquí... No, no... Mejor vete corriendo hasta el castaño que hay en la finca del *zoqueiro*, ¿sabes dónde? —No esperó a que la niña contestase—. Vete hasta allí y escóndete en el tronco hueco, no te muevas hasta que yo vaya a buscarte y... tú, Furco —el lobo levantó las orejas y lo miró desentendiéndose del dulce aroma a conejo que había encontrado en la verdolaga—, quédate con Ilduara, ¿me oyes?, cuida de Ilduara...

Y, sin esperar a que su hermana diera alguna muestra de aquiescencia, echó a correr de nuevo, dejando atrás las protestas de Berrondo.

Se mantuvo en la vera del camino, un tanto a cubierto, permitiendo que las ramas de los árboles le golpeasen los brazos y el torso. Y, por primera vez, entendió cómo se habían sentido sus padres cuando había desaparecido en busca de Furco.

El camino se hizo eterno. La docena escasa de viviendas que daba forma abstracta al pequeño pueblo se alzaba sin orden ni concierto en un otero que daba nombre a la aldea; la mayoría eran versiones más o menos humildes de simples pallozas con techumbres y piezas variadas según los posibles de cada familia.

Outeiro se resguardaba al este del pico de Pidre, el terreno descendía suavemente hacia el sur formando laderas soleadas donde una depresión central servía de nacimiento a un arroyuelo, otro de entre los muchos que cruzaban una tierra llena de montañas y valles en la que los inviernos traían agua y nieves abundantes.

Outeiro era uno sin más de tantos asentamientos que habían ido surgiendo al repoblar los dominios reconquistados a los hijos del islam. Otro de entre los villorrios que florecían alrededor de las tierras que, por presura, behetría o concesión de los nobles, los hispanos habían recuperado cuando sus montañas y rudo carácter coartaron las ansias de expansión mahometanas.

Herederos del indómito temperamento de unos pueblos que ya se habían resistido al dominio romano y al posterior asedio godo, aquellos hombres, liderados por sus últimos nobles, luchaban desde hacía doscientos años por su libertad, unidos contra el asedio agareno; y poco a poco, dejando tras de sí sangre y sudor, habían ido ampliando el territorio retomado, aunque las escaramuzas seguían siendo continuas. Así, las fronteras eran volubles e imprecisas, tierras de nadie en las que ni cristianos ni musulmanes conseguían asentamientos permanentes. Como consecuencia, la estrecha franja de verdes y viejas cordilleras del norte de la península ibérica frenaba la influencia de la luna menguante; quedando el futuro de la gran Europa heredera del imperio carolingio en las manos de irnos cuantos que se negaban a ceder asíndose a su fe. Prueba de ello era la pequeña capilla dedicada a la Virgen María que se escondía al sur del pueblo. Construida mal y aprisa, atestiguaba la reocupación cristiana de aquellos lares y, a pesar de la modestia, era orgullo y símbolo para los habitantes de Outeiro y los otros pequeños puebluchos de los alrededores.

Pronto llegó la curva desde la que se veía la casa del sayón, la más rica y ostentosa, que dominaba el resto desde uno de los extremos del pueblo. El olor a quemado y las sombras que bailaban por culpa de los fuegos impidieron a Assur centrar sus sentidos en cualquier otra cosa.

También llegaron los gritos, las llamadas de auxilio y las exclamaciones de dolor. Y Assur no quiso aceptar lo que, por desgracia, comenzaba a presentir.

En el extremo del muro de piedra que rodeaba la casa del sayón, por el lado que miraba al pueblo, apareció una ominosa figura sombría que le daba la espalda al chiquillo. Un hombre, casi un gigante a los ojos de Assur. Un guerrero con un ahusado casco de hierro y una cota de malla que destellaba maliciosamente respondiendo a las chispas de los fuegos. Llevaba un hacha enorme que pendía de un brazo laxo y, aunque el muchacho no podía verla, le pareció que también cargaba algo más en la otra mano. Caminaba con grandes zancadas pesadas, sin percatarse del niño que lo observaba. Parecía mirar con atención algo que sucedía en el interior del villorrio. Los aros metálicos de la visera del sencillo casco se entremezclaban con la hirsuta barba negra e impedían a Assur distinguir más detalles, y aunque cambió de posición unos pasos, no llegó a ver mucho más. El nórdico, que seguía moviéndose, quedó pronto oculto por la tapia, de hombros para abajo.

El normando se alejaba por la vía, justa para el paso de un carro cargado, que formaban el murete de la casa del sayón y la descuidada leñera de la vivienda anexa, la de Osorio o Zoqueiro. Y cuando Assur, que aguantaba la respiración sin ser consciente, ya sólo veía el extremo picudo del casco, aquella hacha apareció de nuevo, amenazadora, sobre la cabeza del normando. Assur comprendió que el normando se plantaba firmemente mientras balanceaba el arma con cortos movimientos de un brazo poderoso. Preparándose, apuntando.

Vio el filo partir dando vueltas sobre sí mismo. No distinguió el blanco. Pero oyó el alarido que siguió y, lleno de angustia, se dio cuenta de que tenía que haberle dicho a Ilduara qué hacer si a él le pasaba algo. La idea se instaló en su nuca, royéndole los pensamientos mientras intentaba aclararse y decidir cuál debía ser su siguiente paso.

Oía las llamas lamiendo casas y establos con fiereza y, de fondo, un coro impreciso y atonal de lamentos. Y, por encima de todo, se destilaban las voces roncas y angulosas del brusco idioma de los hombres del norte; sonaban a órdenes impías y carentes de la más mínima clemencia.

A poco estuvo de salir corriendo con la idea de auxiliar al pobre desgraciado que hubiese recibido el hacha en sus entrañas. Sólo el recuerdo de los suyos lo detuvo y, finalmente, se decantó por otra idea.

Se internó de nuevo en la espesura, rodeó el pueblo y descendió hasta los árboles que daban al costado de su propia casa, ya cerca del extremo opuesto al de la vivienda del sayón. Allí, y con el escaso refugio que le proporcionaba una silva crecida en una inclinación del terreno, se atrevió a mirar con disimulo por encima de las hojas espinosas.

Un fuego inmisericorde se comía la techumbre. La modesta casa ardía como el mismísimo infierno, las piedras de los muros se ennegrecían. De la pequeña huerta anexa al muro trasero sólo podía ver un tramo. Las matas de judías habían sido pisoteadas y el bancal de las fresas, convertido en terrones deformes salpicados por hojas sueltas. Unas pocas coles arrancadas aparecían esparcidas por todos lados. Por la mañana, cuando había salido con el ganado, aquel pedazo de tierra aparecía pulcro y cuidado, reflejo del mimo con el que mamá lo mantenía. Los surcos de la tierra bien definidos y todas aquellas matas de verde colocadas con un encanto simétrico que a Assur siempre había fascinado. Ahora parecía que una tormenta apocalíptica se lo había llevado por delante y, por primera vez en los últimos y alocados instantes, la tristeza encontró el camino para empañar los sentimientos de Assur. Aquel huertecito era el orgullo de mamá, a ella le encantaba cuidar de cada uno de sus hierbajos. El muchacho no pudo evitar sentir una repentina sensación de culpabilidad por todas las veces en las que, prefiriendo remolonear, había intentado evitar cumplir las tareas que mamá le había pedido que llevase a cabo en aquel pedazo de tierra.

No veía el resto del pueblo; la fachada principal y el fuego se interponían, pero ya podía asegurar que al menos media docena de casas ardían como la suya. Algunos cerdos corrían de un lado a otro y un carnero desatendido balaba lastimeramente.

La puerta se abrió y el corazón de Assur dio un vuelco; esperaba ver a los suyos huyendo del fuego. Pero no apareció mamá. Tampoco el pequeño Ezequiel, ni Sebastián, el mayor de todos, ni Zacarías, que sólo le llevaba un año. Y tampoco su padre.

Era otro de aquellos demonios del norte, calmado y tranquilo, despreciando el infierno que se desataba sobre él. Llevaba la cabeza descubierta y, a pesar del riesgo, ignoraba las chispas incandescentes que le caían encima; algunas llegaban a sisear en su túnica de cuero acolchado con riesgo evidente de prender en su revuelta melena pelirroja, sin embargo, el normando caminaba con confiada parsimonia, apoyando una amenazante espada en su hombro derecho. Era el mismo ges-

to que Assur había visto hacer tantas veces a su padre con la azada, y la similitud lo inundó de un desasosiego incierto que se transformó en angustia rápidamente; en cuanto distinguió las manchas carmesí que decoraban el pecho del jubón del normando. El tinte grana de la sangre seca destacaba con espanto en el viejo cuero clareado por el sol.

—¿Qué está pasando?

A Assur le faltó el aire de repente.